El Protestantismo

Lo que creen y lo que no creen los protestantes

Precio:
[illegible] cts.

EL PROTESTANTISMO

El Protestantismo

Lo que creen y lo que no creen
los protestantes

SOCIEDAD
DE
PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4, 1.º
MADRID
1932

CAPITULO PRIMERO

¿Qué es el Protestantismo y qué son los protestantes?

Ante todo, parece muy natural que digamos de dónde viene el nombre de *protestante*. Transportémonos al año 1529; estamos en la ciudad de Spira, en Baviera, donde se encuentran reunidos en imponente asamblea los hombres más notables por su piedad y su adhesión al Evangelio, y donde el emperador Carlos V acaba, por medio de un nuevo edicto, de restringir y coartar la libertad de conciencia. Ahora bien: cuando los derechos de la conciencia se ven así pisoteados por las leyes de los hombres, ¿podemos o debemos someternos a esas leyes? No; porque, como ha dicho Napoleón I, "allí acaba el imperio de la ley donde comienza el imperio de la conciencia". Por tanto, los esforzados y valerosos discípulos de Cristo, esos intrépidos luteranos, prefiriendo verse perseguidos a some-

terse a una ley que los lastimaba en sus más sagrados derechos, redactaron una enérgica protesta, y por este acto fueron bautizados con el nombre de *protestantes*, nombre que han conservado siempre como un título de gloria.

Ahora bien: porque el nombre de protestante no date de más allá del décimosexto siglo, ¿se sigue, por ventura, que las doctrinas por los protestantes sostenidas no vengan de más lejos de esa época? ¿Será nuestra religión una herejía o una religión nueva, como se complacen en repetir todos los días? Vamos a probar que nuestra religión no es nueva, pues es la religión de Jesucristo y sus Apóstoles.

Antes de pasar más adelante, creemos de nuestro deber responder a una objeción. "¡La Iglesia de Jesucristo es una—nos dicen—, y vosotros estáis divididos! ¿Cómo podréis ser la verdadera Iglesia?" A esto responderemos: "Las Iglesias apostólicas, como nos las describe el libro de los *Hechos apostólicos*, ¿eran del mismo dictamen, del mismo parecer, en todas partes? ¿No había entre ellas divergencias sobre puntos secundarios, como, por ejemplo, la circuncisión, el uso que debía hacerse de las viandas consagradas a los ídolos?

Leed Hechos, cap. 15, y Gálatas, 2. 11 a 15." Ahora bien: estas Iglesias, ¿no eran, a pesar de todo, la Iglesia de Jesucristo? ¿No estaban unidas en los puntos fundamentales de la fe, por más que el amor fraternal se viese en determinadas ocasiones turbado por discusiones pasajeras? Y colocados en este terreno y miradas las cosas desde este punto de vista, no tenemos inconveniente ninguno en confesar que el Protestantismo se subdivide, efectivamente, en muchos brazos, en varias denominaciones, que difieren entre sí, bien en materia y puntos de organización, bien en puntos de doctrina de la Escritura, que no hacen relación directa a la salvación. Diremos más: creemos, con el pastor Mr. Monod, que "el Señor parece haber dado a cada Iglesia la misión particular de poner de relieve alguna gran verdad que hubiera podido permanecer entre las sombras. ¿Qué cristiano, dice él, vacilaría un instante en defender, con los metodistas wesleyanos, el deber imperioso de la santificación, o, con los cuákeros, el culto en espíritu y en verdad; con los bautistas, la fe personal; con los independientes, la separación entre lo espiritual y lo temporal; con los calvinistas, la soberana gracia de Dios; con los arminianos, la libertad del

hombre y su responsabilidad moral; con los darbystas, el sacerdocio universal de los cristianos, y, con los católicos (tanto más católicos cuanto menos romanos), la unidad y universalidad de la Iglesia? Por consiguiente, tendamos bondadosos una mano fraternal a todo miembro vivo del cuerpo de Cristo, sea reformado, luterano, metodista, anglicano, independiente o moravo, bautista, cuákero o darbysta, ya que no reconocemos en todos ellos sino hermanos que tienen la misma Biblia, el mismo Dios, el mismo Salvador, el mismo Espíritu y la misma fe que nosotros. Para dar una prueba de su unión a la faz de todo el mundo y tapar la boca a los que se esfuerzan por exagerar sus divisiones, los cristianos de las diversas Iglesias protestantes tienen entre sí anualmente, tanto en Francia como en Suiza y Alemania, en Inglaterra y América, reuniones que se llaman de la *Alianza Evangélica,* en las cuales dan testimonio de su fraternidad y de su unión en Cristo el Hijo de Dios y Soberano del mundo, poniendo en práctica con esta conducta la exhortación del Apóstol: "Todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos, y si otra cosa sentís, esto también os revelará Dios. Empero en aquello a que hemos llegado, va-

yamos por la misma regla y sintamos una misma cosa."

Antes de cerrar este capítulo, y para completar nuestras observaciones y quitar todo género de dudas y equivocaciones, parécenos necesario decir que nos hallamos tan prontos a alargar la mano de amigos y a asociarnos, en materia de religión, con aquellos que tienen una fe viva en Jesucristo, sean, por otra parte, las que quieran sus opiniones particulares, como estamos, por el contrario, dispuestos a no hacer causa común y a rechazarla de aquellos que, tomando el nombre de protestantes, niegan la eterna divinidad de Jesucristo, la inspiración de las Santas Escrituras, la expiación hecha por nuestro Salvador en el leño de la Cruz, y desprecian y rechazan los dogmas del Evangelio, sin admitir de él más que la moral.

CAPITULO II

¿En qué se conocen los verdaderos protestantes?

Entre los protestantes, como entre los romanistas, hay un gran número que no lo son más que de nombre, que son fríos e indiferentes; los hay hasta incrédulos, aunque por ignorancia más bien que por sistema, y tanto los unos como los otros no viven más que para este mundo y para sí mismos, sin Dios y sin esperanza.

Los verdaderos protestantes o los cristianos fieles son todavía los menos; y es de suma importancia saber en qué se les puede conocer. Existen algunas marcas o señales características. Según el Salvador, *"por los frutos se conoce el árbol"*, y la fe se muestra *por las obras.*

Decimos, en primer lugar, que uno no es verdadero protestante por el solo hecho de haber sido bautizado en una iglesia protestante, porque permanezca unido a ella exteriormente, porque asista con regularidad a los cultos, porque se acerque a la santa mesa del Señor a recibir los símbolos del cuerpo y sangre de Cristo, no. Puede hacerse todo esto, y no ser, sin embargo, verdadero protestante. Se puede igualmente abandonar la Iglesia de Roma después de haber conocido sus errores, y no ser todavía un verdadero protestante.

1.º Los verdaderos protestantes son los que, habiendo reconocido sus pecados delante de Dios, han sentido por causa de ellos un verdadero dolor y un arrepentimiento profundo; se han humillado sinceramente en la presencia del Señor y alcanzado de Él el testimonio de su reconciliación con Dios, mediante la fe en *Jesucristo,* muerto por sus *pecados, y resucitado para su justificación* (Romanos, 4. 25). No han recibido la seguridad de su gran perdón de ningún hombre, sino de la directa e inmediata gracia de su Salvador. *"A todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre"* (Juan, 1. 12). La voz misteriosa del Espíritu Santo ha hecho retener en su corazón esta palabra de Jesús: *"Confía, hijo; tus pecados te son perdonados"* (Mat., 9. 2).

"Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios" (Rom., 8. 16). Desde entonces esas almas, llenas de fe, de amor, de gozo y reconoci-

miento, se sometieron libre y voluntariamente a las enseñanzas de la Palabra de Dios. Una vida seria, llena de sacrificios, viene a reemplazar a su vida anterior, y prueban de este modo al mundo y a la Iglesia que han sido convertidos por la potencia divina.

2.° Se conocen también los verdaderos protestantes por su singular amor a la Biblia. Para ellos la Biblia es el pan de vida de su alma; la leen todos los días en el culto familiar, y la leen también en particular; no pueden pasar sin esta lectura, sin este alimento espiritual, del mismo modo que no pueden pasar tampoco sin la oración, que es como la atmósfera que circunda su alma, como el aire que respiran. Los enemigos de la Biblia afirman que ésta es demasiado oscura para que las personas que no han hecho estudios teológicos la puedan comprender; empero los cristianos fieles la encuentran sumamente sencilla y luminosa; pueden decir con el Salmista: *"El principio de tus palabras alumbra, hace entender a los simples"* (Salmo 119, versículo 130). La prueba de que las Escrituras no son sólo para los pastores y los sacerdotes. para los sabios o los teólogos, es que el Salvador recomienda al pueblo escudriñarlas. "Escudriñad las Escrituras—dice—, porque

a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan, 4. 32). Verdad es que hay en el gran libro de Dios ciertas cosas que no pueden comprenderse bien sin conocer la topografía, la historia, el idioma y las costumbres de los países de que nos habla la Biblia; empero al alma fiel le parece de suma sencillez todo cuanto a la salvación concierne.

3.° Los verdaderos protestantes *santifican el día del Señor* (Exo., 20. 8), que para ellos es el día de descanso *que les concede el Eterno*. Suspenden todo trabajo, toda ocupación, toda compra, toda venta el día de domingo, y lo ocupan en las cosas del cielo. Ya desde la mañana, después del culto de familia, se disponen al culto público, y se dicen unos a otros: *Venid y subamos a la casa del Eterno* (Isaías, 2. 3). Fuera de las horas consagradas al culto, el resto del día lo pasan entregados a lecturas piadosas, conversando cristianamente o paseando en familia dulcemente, o visitando a los pobres, a los enfermos y a los afligidos. Por medio de esta santa actividad descansan los discípulos de Cristo de las faenas y trabajos que durante la semana les acosan; el domingo pasa para ellos rápi-

do: sus horas les parecen cortas porque las han consagrado a obras buenas.

4.º Los verdaderos protestantes consideran como un deber sagrado el depositar generosa y regularmente en manos de los pastores sus ofrendas (1.ª Cor., 16. 2, y 2.ª, 11. 7) en favor de los pobres y de los huérfanos. El pastor protestante no recibe de sus fieles dinero alguno, ni por orar, ni por ningún otro acto religioso que practique en favor de ellos; porque ha dicho el Salvador: *De gracia recibisteis, dad de gracia.* Nuestra religión no es una religión de dinero, sino más bien de abnegación y de sacrificio. Las cosas sagradas no se venden, pues no son una mercancía sujeta a tarifa de que se pueda hacer un vil comercio. San Pedro responde a aquel Simón que quería *comprar el dón del Espíritu Santo:* "Tu dinero perezca contigo, pues que piensas que el dón de Dios se gana por dinero" (Hech., 8. 20).

Aunque los protestantes no señalen renta alguna a sus pastores, saben muy bien, sin embargo, que *los avaros no heredarán el reino de los cielos;* así que se imponen gustosa y *voluntariamente* grandes sacrificios pecuniarios para sostenerlos y para sostener y fomentar las innumerables Sociedades de beneficencia y filantropía cristiana fundadas por el Protestantismo.

5.º Los verdaderos protestantes no gustan de disputas religiosas; no obstante, saben muy bien defenderse cuando se les ataca; no declaran ser ni de Calvino, ni de Lutero, ni de ningún hombre, sino *de Cristo,* su único Salvador, Maestro y Doctor. Sin embargo, honran la memoria de esos hombres extraordinarios que en un siglo de tinieblas pusieron en evidencia la luz del Evangelio. Admiran la fe y el valor de esos esforzados ministros de Jesucristo de que el Señor se sirve para mantener y conservar la verdad sobre la tierra, y se congratulan ver rehabilitada en nuestros días la memoria de esos eminentes siervos de Dios, tanto por los historiadores imparciales, que ponen de manifiesto la grandeza de su carácter y la pureza de su vida, como por los políticos, que les erigen estatuas y monumentos. Y si los protestantes admiran a esos hombres llenos de virtud y fe, esta admiración tiene sus límites. Nosotros no los canonizamos; nos consta que jamás pretendieron ser infalibles, y que estuvieron en vida expuestos, como nosotros, a las debilidades, a las tentaciones y al error. Todo lo que con ellos nos proponemos es imitar su abnegación, su

amor y desprendimiento; pero siempre prefiriendo mirar a Cristo como Modelo.

6.° En fin, se reconocen los verdaderos protestantes por su diligencia y prontitud en *hacer el bien*. Toman parte en todo lo que tiende al adelantamiento del reino de Dios y mejoramiento material y moral de los que sufren; nada de lo humano les es ajeno. *Se aman los unos a los otros*. No se hallan animados por un espíritu de secta; por el contrario, guardan siempre un puesto en su corazón para todos sus hermanos, sean de la denominación que quieran; aman también a todos sus semejantes y aun a *sus mismos enemigos;* perdonan cordialmente a cuantos les ofenden, y ruegan por ellos.

Encuentran placer en servir a su prójimo; son pacientes, sufridos, humildes, dulces, buenos y previsores. Educan sus hijos en el amor y en el temor del Señor, así como en todo lo justo, todo lo honesto y todo lo amable; les inspiran el respeto y veneración a los ancianos y a los desgraciados; el respeto hacia sus superiores y la obediencia a sus mayores y maestros. Aman la paz y concordia con todos los hombres; se someten al gobierno y a las leyes de su patria, y cumplen concienzudamente sus deberes como ciudadanos. Ni son

perezosos, ni holgazanes, sino que, por el contrario, trabajan asidua y diligentemente durante los seis días de la semana para ganar honrosamente su *pan cotidiano* y el de su familia.

Cumplen con los deberes de su vocación lo más concienzudamente posible, poniendo todo su esmero en hacer con perfección los trabajos que se les han confiado. Su honestidad, su honradez, su probidad, su lealtad en las transacciones sociales, son de todos conocidas. No son maldicientes ni pendencieros; son económicos, humildes, francos y sinceros; sin envidia, hablando siempre más bien que mal del prójimo; moderados, pacíficos y conciliadores. Son reconocidos a Dios en la prosperidad, *pacientes y resignados en la prueba, y contentos con el estado en que se hallan*. En fin, *aborrecen el mal; vigilan y oran por no caer en tentación; marchan por el camino de la santidad*, y tienden a la perfección.

CAPITULO III

¿Qué creen los verdaderos protestantes?

I.—DOGMAS FUNDAMENTALES.

1.° *Biblia y Tradición.*—Nosotros creemos que la Biblia, que comprende los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, es la Palabra de Dios, y que ha sido escrita por varones inspirados y dirigidos por el mismo Espíritu de Dios (2.ª Ped., 1. 21). Esta Biblia es nuestra única autoridad en fe, moral y religión.

La tradición no tiene valor para nosotros sino cuando se halla completamente de acuerdo con las Santas Escrituras, y la rechazamos, sea cual fuere su origen, siempre que sus enseñanzas están en contradicción con las de la Biblia; y decimos que la rechazamos, porque no queremos merecer aquel reproche de Jesús a los fariseos: *Vosotros invalidáis la Palabra de Dios por vuestras tradiciones* (Marcos, 7; 9, 13).

2.° *Trinidad.*—Los protestantes creemos en un Dios con tres personas: Padre, Hijo y

Espíritu Santo (Mat., 28. 19), y que estas tres personas, completamente distintas entre sí, de una misma naturaleza e iguales en poder y en gloria, son un *solo y mismo Dios.* El Padre nos ha criado y vela por nosotros por medio de su sabia y bondadosa Providencia; el Hijo nos ha redimido mediante su expiatorio sacrificio e intercede en nuestro favor; el Espíritu Santo atrae al hombre hacia Dios y le convida y excita al arrepentimiento. Jesús es para nosotros el Mesías prometido en las profecías, el *Hijo eterno del Padre,* Salvador del mundo.

3.° *Pecado y redención.*—Creemos: Primero. Que el hombre salió puro de las manos de Dios, pero que hizo mal uso de su libertad y se sirvió de ella para rebelarse contra su Criador. Creemos, además, que, en virtud de ese lazo de solidaridad misteriosa que existe entre los hombres, todos los miembros de la gran familia humana han heredado el pecado de los primeros padres (Rom., 5. 12, 13) y se han puesto bajo la condenación divina, pecando como ellos: *El salario del pecado es muerte* (Rom., 6. 23).

Segundo. Creemos que el hombre puede ser libertado de la cólera y condenación divina, por la redención que hay en Cristo Je-

sús (Rom., 3. 23); porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo único, para que todo aquel que en Él crea no perezca, sino tenga vida eterna (Juan, 3. 16).

Tercero. Creemos que el hombre no puede salvarse sin tener una *fe viva* en la persona y obra expiatoria del Salvador y sin confesarle sus pecados con arrepentimiento profundo; y de aquí proceden la *justificación*, la *regeneración*, o nuevo nacimiento, y la *santificación*.

Cuarto. Creemos que la gracia de Dios se ofrece *gratuitamente* a *todos* los hombres, y que toda alma sincera y realmente convertida a Dios recibe el perdón del mismo Jesucristo.

Quinto. Creemos en las buenas obras como frutos de la fe, no como méritos delante de Dios.

Sexto. Creemos, en fin, que todos aquellos a quienes Dios haya llamado y a quienes Cristo haya sido anunciado, si rehusan obstinadamente enmendarse y aceptar la misericordia, serán *condenados* a la *perdición*.

II.—Instituciones del Cristianismo.

1.° *La Iglesia y el ministerio.*—Los protestantes creemos que la Iglesia se compone, no de una casta privilegiada de hombres, ni de miembros de una sola comunión cristiana, sino de todos cuantos en las distintas Iglesias aman y sirven fielmente al Señor Jesús.

Los protestantes no reconocemos Jefe alguno visible y universal en la Iglesia; no tenemos otro Jefe que el de los Apóstoles, esto es, Jesucristo, el Obispo y soberano Pastor de nuestras almas, y, por consiguiente, miramos como una usurpación y una impostura el que un hombre débil y pecador como nosotros ose abrogarse los títulos de *Vicario* de Jesucristo, Santo Padre, Padre de los fieles, Dios en la tierra, etc., y, además de esto, el que se atribuya el derecho y el poder absoluto e infalible de salvar o perder las almas.

Creemos también los protestantes que es el Hijo mismo de Dios el que ha instituído el ministerio evangélico (Efes., 4. 11); que Él es quien pone al frente de las congregaciones cristianas los pastores; que es el que los califica para su obra; Él, en fin, quien los llama

a su santo servicio. Estos pastores deben predicar el Evangelio, apacentar las almas, ser modelos de su rebaño, gobernar la iglesia, vigilar para que no se introduzcan en ella falsas doctrinas ni se relaje la disciplina. Y, sin embargo, los pastores no son los dueños del rebaño, sino sus servidores; y si son fieles y sabios tienen en todo instante presente esta exhortación apostólica: "Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino de un ánimo pronto, y no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey.

2.° *Los Sacramentos.* —Los protestantes creemos que el Señor Jesús no ha instituído sino sólo dos Sacramentos, porque el Nuevo Testamento no hace mención de otros, y que estos dos son el *Bautismo* (Mateo, 28. 19) y la santa *Cena* (Mateo, 26. 26).

El Bautismo es la señal o signo de la purificación interior llevada a cabo en el alma de los creyentes por la gracia de Jesucristo, purificación que el Evangelio designa con el nombre de *nuevo nacimiento*. La santa Cena es una solemne conmemoración de la muerte expiatoria de Jesucristo, que recuerda al alma

fiel que el Hijo de Dios se ha ofrecido por ella en sacrificio *vivo y santo*.

III.—El día del Señor.

Los protestantes creemos que el día de reposo debe ser puntual y fielmente observado y santificado; no sólo porque es un manantial de bendiciones para las fmilias y para los individuos, sino también porque es de divina institución; existía antes de la ley y desde el origen del mundo: "Dios bendijo el séptimo día y lo santificó" (Gén., 2. 3); fué recordado y promulgado en el Sinaí: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo", y, en una palabra, el Salvador sanciona el día de reposo y confirma su excelencia cuando dice: "El sábado ha sido hecho para el hombre." He aquí por qué los protestantes, que temen y reverencian al Eterno, creen que es un deber para todo cristiano y para todo hombre poner aparte un día de los siete, para en él descansar y al propio tiempo consagrarle al servicio de Dios.

CAPITULO IV

Lo que no creen los verdaderos protestantes y por qué no lo creen.

Puesto que dejamos ya consignados con alguna extensión los principales artículos de la fe protestante, basándolos única y exclusivamente en las declaraciones de la Escritura Santa, réstanos ahora decir en qué disentimos de la romana y por qué rechazamos los dogmas que le son peculiares. Dos clases de pruebas podríamos traer aquí en nuestro apoyo: la prueba *bíblica* y la *histórica*, como lo hacen la mayor parte de los controvertistas protestantes; pero, obligados como estamos, por la índole de este trabajo, a ser breves, no debemos servirnos para nuestro intento más que de la primera.

I.—Pretensiones de la Iglesia romana y de sus ministros.

Los protestantes no creemos en la primacía de Pedro y en la sucesión apostólica, como

tampoco creemos en el poder, autoridad e infalibilidad de los Papas y de sus ministros, porque ninguna de estas pretensiones puede sólidamente apoyarse en el Evangelio.

Verdad es que la índole de este folleto no nos permite tratar a fondo todas las cuestiones que a esto dicen relación; pero como existe entre ellas un estrecho parentesco, un encadenamiento grande, si llegamos a destruir una, quedará conmovido todo el edificio.

1.° *La confesión auricular.*—Los protestantes rechazamos la confesión auricular, porque no es de divina institución, y, por lo mismo, negamos también la pretendida autoridad y poder de perdonar.

Hace poco leímos en un libro de controversia estas asombrosas palabras: "La confesión es una iniquidad." Estas palabras, pronunciadas por un sacerdote convertido al Evangelio que durante muchos años había sido confesor, nos lleva a examinar de cerca, pero siempre a la luz del libro de Dios, si una tal institución fué practicada al modo que la practica la Iglesia romana por Pedro y los demás Apóstoles. Antes, sin embargo, cúmplenos decir que los protestantes rechazamos solamente la confesión tal cual Roma la tiene establecida, es decir, la confesión al oído del

sacerdote. Mas si ésta rechazamos, no dejamos de admitir cuatro especies de confesión, a saber: 1.ª La confesión pública que el pastor de una iglesia hace a Dios en nombre de todos en culto público; 2.ª La confesión secreta, cuando en soledad el alma del cristiano la hace a su Dios; 3.ª La confesión al pastor, que no es otra cosa que una conversación libre y fraternal, donde, sin absolución, el alma del fiel es dirigida, consolada y alentada, y recibe la absolución de sus culpas de Dios mismo, y no de ningún hombre; 4.ª La confesión mutua (Sant., 5. 16) que se practica en lo interior de algunas congregaciones.

Representémonos un confesonario ocupado por un sacerdote y una penitente (porque los hombres en España se confiesan generalmente muy poco). Ambos, sacerdote y penitente, están separados por una delgada rejilla. El sacerdote pregunta en voz muy baja, la penitente le responde al oído (de aquí el nombre de confesión auricular). Nada queremos decir; dejamos a la apreciación del lector las mil y una cosas que el confesor pregunta, los mil y un requisitos que el confesonario exige al que se acerca a él; sin embargo, tenemos el convencimiento íntimo *a priori* de que si San Pedro confesó en su tiempo a alguno, no fué, de seguro, así. No; a conocer y practicar los Apóstoles esa confesión, que, según enseña Roma, abre y cierra a las almas el cielo, hubieran, de seguro, hablado de ella en sus escritos y la hubiesen recomendado eficazmente a sus fieles; empero guardan sobre este punto el más profundo silencio; ¿y por qué? La respuesta es muy sencilla: porque la confesión auricular les era completamente desconocida. Cuando las almas arrepentidas les preguntaban: ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo? No les contestaban: Confesadnos vuestros pecados, y recibiréis la absolución; sino "Cree en Jesucristo y serás salvo" (Hechos, 16. 31).

Pero el tema en que más se empeña la discusión es el que sigue a la confesión, es decir, la absolución, o sea el perdón de los pecados del hombre por el hombre.

2.º *La absolución y el poder de atar y desatar.*—Si ningún hombre puede absolverse a sí mismo, ¿cómo podrá absolver los pecados de sus semejantes? Regla general: sólo la persona ofendida ante quien uno se humilla confesándole su falta, sola ella es la que perdona. Ahora bien: siendo Dios el ofendido, a Él sólo debe dirigirse el pecador en demanda de perdón.

Por lo que toca a nosotros los protestantes, no creemos en modo alguno que un hombre tenga derecho ni facultad para perdonar los pecados de otro hombre, así como tampoco creemos que se concediera ese derecho a los Apóstoles, al menos de una manera absoluta. ¿No está en la Escritura formal y terminantemente consignado (nos dirá un católico ferviente): "Todo lo que ligareis en la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo", y "A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que los retuviereis, les serán retenidos"? (Mateo, 18. 18). Sí, seguramente; estamos muy lejos de negarlo; pero se trata de saber si la interpretación que de ellas da la Iglesia romana es la verdadera, la más racional y la más conforme, tanto con el contexto como con el conjunto de las declaraciones de la Palabra de Dios.

Para que el lector pueda comprender perfectamente el asunto, haremos, ante todo, una explicación clara y concisa de dos versículos paralelos: Mat., 16. 18 y 19, y Mat., 18. 18, en los cuales se dirigen a Pedro sólo las mismas palabras. A fin de no embrollar la cuestión, tomaremos una por una las diversas partes de Mat.,, cap. 16, vers. 18 y 19:

"Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo."

1.º "Tú eres Pedro. Tu nombre ya no es Simón, sino Cefas: *Piedra*, roca" (Juan, capítulo 1, vers. 42). En efecto: a partir desde el momento en que Simón es llamado al apostolado, viene a ser una piedra en la estructura de la Iglesia, uno de sus miembros vivos; más todavía: *una columna* como los otros Apóstoles (Gál., 2. 9).

2.º "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." ¿Es sobre ti, Pedro, que será edificada mi Iglesia? No; sino "sobre esta piedra, sobre esta piedra, yo... edificaré mi Iglesia", y no "tú edificarás". Mas ¿de qué piedra se habla aquí? ¿Sobre qué o sobre quién será edificada la Iglesia de Jesucristo? El mismo Jesucristo y los Apóstoles van a decírnoslo: "La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la principal piedra del ángulo" (Mat., 21. 42; Mar. 12. 10; Luc., 20. 17; 1.ª Pedro, 2. 6 y 7). "Vosotros habéis sido edificados sobre el fundamento de

los Apóstoles y Profetas, siendo Jesucristo mismo la principal piedra del ángulo" (leed la Epístola de Pablo a los Efesios, cap. 2, versículo 20). Luego es sobre Jesucristo, y no sobre San Pedro, que se edificará la Iglesia; esto es evidente. No es la Iglesia de un hombre la que viene a fundar Jesucristo, sino la suya, y de ésta solamente es Él el Jefe (Hechos, 4. 12). Había Jesús preguntado a sus discípulos: "¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del hombre?" (Mat. 16. 15). "Y vosotros, ¿quién decís que soy? Y respondió Simón Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (vers. 15 y 16). Inmediatamente después de esta solemne declaración fué cuando Jesús le dice: "Sobre esta piedra *yo* edificaré mi Iglesia" (vers. 18). La persona de Cristo, la fe en Cristo, el nombre de Cristo, he aquí la base sobre que descansa la Iglesia; he aquí, en una palabra, el único medio de salvación. Es, pues, como si el Señor hubiese dicho a Pedro: "Tu nuevo nombre indica que has venido a ser una piedra en la construcción de la Iglesia: empero soy *yo* la *piedra* o *esta piedra* sobre la cual será edificada mi Iglesia. La fe en *mí* unida a la confesión que tú mismo acabas de hacer de que yo soy el *Hijo* de *Dios* (vers. 16), y que mi

Padre te ha revelado (vers. 17), he aquí la piedra, o sea el fundamento inmutable del divino edificio que vengo a fundar sobre la tierra.

3.º "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (vers. 18); es decir, que los esfuerzos todos reunidos del diablo y de sus ángeles no podrán aniquilarla. ¿Qué, pues, podrá ya temer? Está fundada sobre la *roca*, y Jesús mismo es esta *roca*, esa *piedra* fundamental, y les ha prometido: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."

4.º "Y yo te daré las llaves del reino de los cielos" (vers. 19). ¿Cuáles son estas llaves misteriosas que Jesús promete a Pedro para lo venidero ("yo te daré")? Las gracias y extraordinarios dones que deben acompañar el apostolado de Pedro, he aquí las llaves que iban a abrir el cielo a millares de almas. Después de su resurrección, Jesús renueva a su siervo la misión que le ha especialmente confiado, y le dice: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (Juan, 21. 15-17). Había dado, como ya hemos visto, a todos los Apóstoles reunidos el *poder* de *atar* y *desatar* (Mat., 18. 18-20). En fin, antes de dejarlos, dirige a todos ellos las alentadoras

promesas que son inseparables de la transmisión de las llaves: "Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y en Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hech., 1. 8). Esta virtud del Espíritu Santo es la que obraba por medio de los Apóstoles tantos milagros y prodigios, la que acompañaba sus predicaciones y hacía que el día de Pentecostés, a la palabra de Pedro, las puertas del reino de los cielos se abrieran a tres mil y cinco mil.

Empero ¿se atribuye a sí mismo Pedro, por ventura, el poder de cumplir las magníficas obras de Dios? De ninguna manera. "Varones israelitas, dice, ¿por qué os maravilláis de esto?, o ¿por qué ponéis los ojos en nosotros como si con nuestra virtud o piedad hubiésemos hecho andar a éste?" No vemos, pues, en el libro de los Hechos que los Apóstoles se sirvieran de la confesión ni de la absolución para abrir a las almas el cielo, o para libertarlas del yugo de Satanás; no, ellos no tenían más llaves que la virtud del Espíritu Santo.

5.º "Todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desligares sobre la tierra desligado será en el cielo"

(vers. 19); es decir, todo lo que tú harás en *mi* nombre y en calidad de Apóstol, *yo* lo ratificaré en el cielo. Algunos días después se hizo la misma promesa a los discípulos (en los mismos términos absolutamente) en Mateo, 18. 18. En aquellas circunstancias, el poder de atar y desatar fué conferido, no sólo a los otros Apóstoles, sino quizá también a los discípulos que se encontraban con ellos (vers. 1). Sea de ello lo que fuese, al presente sólo nos toca ocuparnos de los Apóstoles. ¿Han ellos atado y desatado? Sí. ¿Cómo? De cinco modos. En primer lugar, por la discreción de espíritu (1.ª Cor., 12. 10): dón que permitía a los Apóstoles juzgar con seguridad, así del grado de fe que tenían los individuos, como de su sinceridad; podían los Apóstoles, sin equivocarse, asegurar el perdón de sus pecados a los pecadores arrepentidos y creyentes, y decirles, como su Maestro: "Vete en paz; te son perdonados tus pecados."

En segundo lugar, podían también desatar por medio del dón que habían recibido de curar las enfermedades (1.ª Cor., 12. 9). En virtud de este dón, Pedro y Juan curaron al cojo a la puerta del templo (Hechos, capítulo 3, vers. 6).

En tercer lugar, podían atar, esto es, juzgar y condenar por la potencia de su palabra; ejemplos: Ananías, Safira, su mujer, y Simón el Mago (Hechos, 5. 1 al 10, y 8. 18 al 24).

En cuarto lugar, podían perdonar las faltas cometidas en la Iglesia y ejercer la disciplina o el gobierno, según Mateo, 18. 15 al 18, y según esta promesa: "A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que los retuviereis, les serán retenidos" (Juan, 20. 23). Así que, cuando alguno de los discípulos faltaba en algo, no se le perdonaba ni se le reintegraba en la Iglesia hasta no dar pruebas de verdadero arrepentimiento (2.ª Cor., 2. 5-11). Por último, ataban y desataban los Apóstoles las almas por medio de la predicación de la Palabra de Dios.

Tal es el poder y autoridad que se concedió a los primeros embajadores de Jesús; he aquí el cómo ataban y desataban; perdonaban y retenían los pecados, y ninguno hoy puede hacerlo como ellos entonces, porque cesaron con ellos los dones extraordinarios. Sin embargo, creemos firmemente que es posible en la actualidad a los cristianos, y en particular a los ministros fieles de Jesucristo, continuar la obra de los Apóstoles de atar y desatar de tres maneras:

1.ª Por la predicación del Evangelio. La Palabra que ellos predican es siempre *viva* y *eficaz*: el Evangelio siempre es *potencia* de Dios. Todo el que cree por medio de él, es desatado, y el que se obstina es atado.

2.ª Una alma trabajadora y cargada puede alcanzar el perdón y la libertad en contestación a las oraciones de su pastor o a las de muchos miembros de la Iglesia reunidos en oración: "Si dos de vosotros se conviniesen en la tierra, de toda cosa que pudiesen les será hecho por mi Padre que está en los cielos."

3.ª El ejercicio de la disciplina en la Iglesia es también en nuestros días un medio para atar y desatar. Si se suscita algún conflicto entre dos de sus miembros, o si sobreviene algún escándalo, para juzgar el caso se reune una asamblea extraordinaria, presidida por el pastor, y esta asamblea tiene la misión de reprender, de rechazar o reintegrar en sus derechos al culpable, según vea en él humildad o endurecimiento.

Para resumir, sentaremos las siguientes tesis: 1.ª Ningún hombre puede dar a otro la divina absolución, al paso que la Iglesia romana afirma que Dios no perdona hasta después de haber ella perdonado. 2.ª Ninguna Iglesia contemporánea puede atar y desatar

con igual autoridad que la Iglesia primitiva. 3.ª Todas las Iglesias fieles a las enseñanzas apostólicas, son medio en manos de Dios para absolver y condenar a los pecadores, pero sólo por la predicación, la oración y el ejercicio de la disciplina.

Los hombres son instrumentos para hacer encontrar el perdón a sus semejantes, mas sólo Dios perdona.

II.—La misa.

Los protestantes no creemos en la misa, por muchas y muy poderosas razones, basadas en la Palabra de Dios:

1.ª La misa es llamada por sus partidarios un sacrificio incruento, en el cual, dicen, es inmolado todos los días Cristo. Este pretendido sacrificio incruento, ¿puede ser un sacrificio real y expiatorio? No, porque en la Epístola a los Hebreos leemos lo siguiente: "Sin efusión de sangre no hay remisión de pecados" (cap. 9. 22).

2.ª Porque no hay necesidad de semejante sacrificio, puesto que nada queda que hacer para el rescate de los pecados; Cristo se ofreció una sola vez (Hebreos, 9. 24-26), y

esto basta, pues que con una sola ofrenda Jesucristo hizo perfectos para siempre a los santificados, y donde hay remisión de pecados, no hay más ofrenda por el pecado (Hebreos, 10. 14-18). De no ser así, el Salvador no hubiera dicho: "Todo está consumado."

3.ª La transustanciación, o sea presencia real, está formalmente contradicha por muchos pasajes de la Escritura Santa. "Es menester que los cielos le contengan hasta la restauración de todas las cosas" (Hech., 3. 21). El Apóstol declara: "Que el Hijo está sentado para siempre a la diestra de Dios" (Hebreos, 10. 12). ¿Con qué derecho, pues, la Iglesia romana osa enseñar que Cristo es inmolado todos los días sobre el altar en la misa?

He aquí los pasajes sobre los cuales establece la transustanciación: "Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre." Verdad es que Jesús, al instituir el banquete místico, tomó pan, y habiendo dado gracias, lo partió y dió a sus discípulos, diciendo: "Este es mi cuerpo"; y tomando asimismo la copa, dió gracias y la dió a sus discípulos, diciendo: "Bebed de ella todos", porque esto es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, derramada para remi-

sión de los pecados de muchos" (Mat., 26: versículos 26 y 28).

Efectivamente, estas palabras fueron literalmente pronunciadas por el Salvador; empero ¿qué significan? Según la Iglesia romana, Jesús, al pronunciarlas, transformó el pan y el vino en su carne y sangre; de suerte que tuvo en sus manos su propio cuerpo y lo dió a que comiesen sus discípulos. Al paso que nosotros los protestantes damos a esas palabras una significación figurada, basando nuestro método de interpretación sobre este hecho: cuando Jesús dijo: "Yo soy la puerta, yo soy el camino, yo soy la vid", no quiso decir que era una puerta, un camino, una vid.

Para nosotros, "Esto es mi cuerpo" significa: Esto representa mi cuerpo, cuya inmolación debe ser el pan celeste de vuestra alma. "Esta es mi sangre" significa: Esto representa mi sangre, derramada por vosotros.

Una cosa nos sorprende, y es que una multitud de personas comprenden mal, lo mismo que los judíos, algunas enseñanzas de Jesús. Aun cuando les dice: "Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo", los judíos contendían entre sí, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos su carne a comer?" Jesús les dice: "De cierto, de cierto os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida" (Juan, 6. 51).

Después de una declaración semejante, tan clara y tan expresa, ¿se podrá todavía dudar de que las palabras no deben tomarse a la letra? Y, sin embargo, a la letra las tomaron los discípulos, pues decían: "Esta palabra es dura; ¿quién la puede escuchar?" (vers. 60). Y fué preciso que Jesús les hiciese comprender que era en un sentido espiritual como debían entenderlas. "El Espíritu es el que da vida, les dice; la carne nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (vers. 63).

Si hubiesen sido inteligentes, hubieran comprendido fácilmente el pensamiento de Jesús, pues éste había tenido cuidado de indicar de antemano el sentido que debía darse a sus palabras "comer su carne y beber su sangre". Leemos en el versículo 40: "Esta es la voluntad del que me envió: que todo aquel

que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero." Igual promesa se hace, y absolutamente en los mismos términos, al que come la carne y bebe la sangre de Jesús (vers. 54) ; lo cual indica que se come la carne del Hijo del hombre y se bebe su sangre, creyendo en Él y contemplando su expiatoria inmolación.

Para colmo del error y de la idolatría, a las tinieblas se añaden las tinieblas: la misa se dice en latín, a pesar de esta declaración apostólica dirigida por Pablo a los que celebran el culto en lengua desconocida: "En la Iglesia más quiero hablar cinco palabras con mi sentido para que enseñe también a los otros, que diez mil en lengua desconocida. Mas si yo ignorase el valor de la voz, seré bárbaro al que habla, y el que habla será bárbaro para mí" (1.ª Cor., 14. 13-21). Así, los sacerdotes, más sabios que San Pablo y que el Espíritu Santo, hablando por su boca, prefieren hablar para no ser comprendidos y ser bárbaros para los que les escuchan.

Por lo que toca a nosotros los protestantes, imitamos a los Apóstoles, que predicaban, hablaban y oraban en la lengua del país que estaban evangelizando. Celebramos todo entero el culto en la lengua del país en que

nos encontramos, y deseamos que cuando se entra en nuestros templos y capillas se nos comprenda cuanto decimos y hacemos, desde el principio hasta el fin.

III.—El purgatorio.

Los protestantes no creemos en el purgatorio, lugar donde, según la Iglesia romana, van las almas después de la muerte a expiar sus pecados; y no lo creemos:

1.º Porque ni Jesucristo ni los Apóstoles han creído en él, como se echa de ver por sus enseñanzas, que contradicen abiertamente tal doctrina; y

2.º Porque ese lugar no existe realmente, y sí sólo ha sido inventado con objeto de sojuzgar las almas y aumentar las ya por otra parte muy considerables rentas del clero.

En la parábola de Lázaro y el rico (Lucas, 16. 19-21) se lee que al morir el pobre fué conducido por los ángeles al seno de Abraham, al cielo (vers. 22), y no al purgatorio. El rico murió igualmente, y estando en el infierno, vió desde lejos a Abraham y a Lázaro en su seno (vers. 23). Pero continuemos nuestras citas. San Pablo dice: "Aho-

ra ninguna condenación hay para los que en Jesús están" (Rom., 8. 1). "Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nosotros maldición" (Gálatas, 3. 13). San Juan dice: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1.ª Juan, 1. 7). Ahora bien: cuando uno se encuentra limpio de todo pecado, ¿tiene necesidad de un purgatorio? La sangre del Redentor, aceptada con fe, he aquí el solo y único purgatorio de nuestras almas. ¿Es, por ventura, que falta a este purgatorio la eficacia?

Al llegar aquí se nos sale al encuentro con una objeción. "No negamos—se nos dice—que ciertas almas, las almas de los santos (1), no vayan al cielo inmediatamente después de la muerte, sin que tengan necesidad de pasar

---

(1) La Iglesia Romana llama santos a los que han sido beatificados o canonizados por los Papas, los cuales habiendo muerto en olor de santidad, vienen a ser intercesores cerca de Dios. Estos santos, se dice han hecho más obras buenas de las que necesitaban para merecer el cielo; estas son las obras que ellos llaman *supererogatorias*, obras que se venden o se distribuyen entre los fieles bajo el nombre de indulgencias, para ganar un número determinado de días o de años de perdón en el purgatorio (*sic*). ¡Oh ceguedad! ¡Oh ilusión! ¡Oh impostura! Leed a Lucas, capítulo 17.10: La Escritura llama santos a todos los creyentes fieles. (Véase Filip., 1. 1; 4. 22; Efes., 6. 18.)

por el purgatorio; pero éstas son solamente excepciones."

Escuchad, lectores: ved aquí un hecho que es capaz por sí solo de disipar toda duda y llevar la más firme convicción a vuestro ánimo; aquí, como fácilmente observaréis, no se trata en modo alguno de un santo, según lo entiende la Iglesia de Roma, sino del que ella llama "el buen ladrón". El Señor dijo al ladrón sobre la cruz: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso." De seguro que, a haber existido el purgatorio, si alguien tenía necesidad de ir allá antes de entrar en el cielo, era, ciertamente este hombre; empero, por la divina gracia, fué al paraíso, y con su Salvador Jesús, donde voló el alma rescatada del malhechor, lo mismo que las almas de cuantos creen en Jesús.

El Hijo de Dios, los Apóstoles después, y más tarde los Padres de la Iglesia, indican solamente dos lugares adonde las almas van después de esta vida: el *cielo* y el *infierno;* de limbos y de purgatorios, ni dicen ni saben una palabra. El purgatorio no se admitió como dogma en la Iglesia de los Papas hasta el 1439. Cuando Roma hubo decretado la existencia de ese lugar subterráneo que los sacerdotes paganos habían explotado antes

que ella, se sirvió de él, muy ventajosamente, por cierto, como del medio más lucrativo para enriquecer al clero.

Permítasenos citar, siquiera sea de paso, un hecho histórico:

"En tiempo de Lutero, el demasiado tristemente célebre monje Tetzel vendía las indulgencias a tambor batiente en las plazas públicas, y repetía de continuo estas palabras blasfemas:

"—Comprad, comprad—gritaba con voz estentórea—; no bien habréis pagado, cuando ya os habrán sido perdonados vuestros pecados, aunque hubieseis sido asesinos de vuestro padre, de vuestra madre y de vuestros mismos hijos. ¡Desdichados! Tenéis parientes, amigos, en el purgatorio; ¿podéis sacarlos de allí con un poco de dinero y no queréis? ¡Ah, ingratos, egoístas!

"Y así hablando, las lágrimas asomaban a los ojos de cuantos le escuchaban, y sus arcas se llenaban."

Esto no es un invento nuestro; es un hecho referido por la Historia.

IV. — Las oraciones por los muertos.

Los protestantes no creemos que las oraciones por los muertos puedan ser mandadas de Dios, porque las enseñanzas apostólicas guardan sobre este asunto el más completo silencio, o, mejor dicho, quizá nos afirman indirectamente lo contrario. Lo que nos persuade, en primer término, a creer que las tales oraciones no tienen ninguna eficacia, es su mismo objeto, que, como de todos es sabido, no es otro que el sacar las almas de un lugar que no existe, y después, que son sumamente perjudiciales a la salud de las almas, en las cuales alimentan una vana e ilusoria esperanza de perdón después de esta vida.

Orar por una persona que ya no se halla en este mundo, cuando nos declara la Escritura que "después de la muerte viene el juicio" (Hebreos, 9. 27), es, en nuestro concepto, rogar en vano, pues que, según hemos visto antes, después de esta vida el alma va directamente al cielo o al infierno. Salomón dice: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el sepulcro adonde tú vas no hay obra, ni in-

dustria, ni ciencia ni sabiduría. Del lado que caiga el árbol, de aquél permanecerá" (Eccles., 9. 10; 11. 3). Todo cuanto se puede hacer por un muerto, dice un famoso controversista, le es tan poco ventajoso como si le sobreviniese una herencia después de su muerte.

Al entrar cierto día en un cementerio, nos sentimos sobrecogidos de la más dolorosa tristeza al leer en casi todos los epitafios estas palabras: "¡Rogad por él!" Los pensamientos más graves se agolparon de pronto en nuestra mente. Oh, qué triste, qué desoladora es la religión que no concede acá abajo ninguna seguridad positiva de felicidad para la vida futura, y sí solamente una esperanza vaga de salvación, y esto para después de un número indeterminado de siglos! No sucede, por cierto, lo mismo con la religión del Evangelio; ésta llena el alma que tiene una fe viva en el Hijo de Dios, de la confianza firmísima de que es salva desde ahora. "Aquel que cree en el Hijo tiene la vida eterna. No está sujeto a condenación, pues pasó de muerte a vida." En sus últimos momentos, en su hora postrera, aquí abajo tiene la dulce seguridad de que al dejar este mundo va a ser introducido inmediatamente en la

presencia de su Dios, en esa eterna morada no hecha por mano de los hombres. ¿Y podrá el alma dudar cuando el mismo Salvador positivamente lo declara? Por otra parte, el Espíritu Santo le da testimonio de que es salva, y puede exclamar con San Pablo: "Para mí vivir es Cristo, y morir ganancia." "Me está reservada la corona de justicia." "Más quisieramos partir del cuerpo y estar presentes al Señor."

Bien quisiéramos que alguno de nuestros lectores asistiese o presenciase la partida para otro mundo de un cristiano evangélico, de una alma convertida sinceramente al Señor; entonces vería ciertamente qué gozosa seguridad proporciona la verdadera fe cristiana a aquellos que marchan delante de nosotros al cielo. Estos tienen la esperanza gloriosa de poseer esa herencia que no puede corromperse, ni mancharse, ni marchitarse. ¿Quién se la ha dado? El mismo Dios; ellos no han recibido la absolución de ningún hombre, sino de su Salvador; no hacen cuenta con entrar en el purgatorio, sino en la mansión de su buen Padre celestial; no confían ni esperan nada de las oraciones de aquellos que dejan acá abajo, porque Jesucristo los ha completamente rescatado. Por otra parte, saben

que después de esta vida no hay más tiempo (Apoc., 10. 6) de preparación; saben, en fin, que muy en vano vinieron las vírgenes fatuas a llamar a la puerta.

Queremos, pues, que se sepa que, cuando los protestantes oramos al borde de una tumba entreabierta, pedimos para los vivos, mas nunca para los muertos.

Las oraciones por los muertos, el purgatorio, la misa y la confesión, son la clave de la bóveda del papado. Han sido origen fecundo de infinitos males para los Estados, las sociedades y las familias, y muchas almas, confiándose al hombre para que las dirigiese, las absolviese y las condujese al cielo, han permanecido en sus pecados, que creían ya perdonados, y se han visto condenadas a una perdición eterna.

V.—El celibato.

Los protestantes no creemos que los pastores de la Iglesia deban estar sujetos a un celibato obligatorio y forzoso, cuando la Escritura enseña que el matrimonio es honroso en todos (Heb., 13. 4). Quien ose afirmar lo contrario, se pone en marcada contradicción

con la revelación divina y salta por cima de ella. ¿Por qué nos dice el apóstol Pablo que "el obispo debe ser irreprensible, y marido de una sola mujer; que sepa gobernar bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, porque el que no sabe gobernar su casa, ¿cómo sabrá cuidar de la Iglesia de Dios?" (1.ª Tim., 3. 1-5).

Por otra parte, todo el mundo sabe que los sacerdotes católicos estuvieron facultados para casarse hasta fines del siglo décimo, y que en esta parte siguieron el ejemplo de la mayoría de los Apóstoles y del mismo Pedro, cuya suegra, o sea madre política, que se hallaba con fiebre, fué curada por Jesús (Lucas, 4; versículos 38 y 39).

Además, y fuera de estas razones escriturarias, otras naturales y legítimas militan también en favor del matrimonio de los ministros de Cristo, siempre que se sientan con vocación a él. Porque ¿no es cierto que un pastor puede comprender mejor las almas confiadas a su cuidado y dirección, y simpatizar con ellas, cuando este pastor ha llegado a conocer sus necesidades y sus privaciones, pasado por sus tristezas y sus pruebas, y gustado como ellas la felicidad que se encuentra en la vida del hogar doméstico? ¡Ah! Es ne-

cesario ser padre y tener corazón de padre para poder sentir, amar y aconsejar como padre, porque ¿cómo hablar de la familia cuando no se han conocido ni los dulces goces ni los deberes santos que lleva consigo la familia? ¿No es también en la familia, mejor que en otra parte, donde el hombre aprende mejor a combatir el egoísmo, a renunciar a sí mismo y realizar esta palabra apostólica: "Ninguno de vosotros vive para sí"?

Pero hay una razón que es, sin duda, la más poderosa de todas. Año tras año, los tribunales se ven precisados a poner en evidencia los tristes frutos, las consecuencias tristes del celibato forzoso, y esto sin contar los mil y mil hechos, ¡ay!, que son conocidos de Dios sólo. Pues bien: toda esta inmoralidad y toda esta especie también de tentación desaparecerían, de seguro, de los presbiterios, de los confesonarios y de los conventos, si estas palabras de un Apóstol (que por cierto no fué casado) se admitiesen como regla general por los que se han consagrado irrevocablemente al celibato. Para evitar la fornicación, dice San Pablo que "cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido" (1.ª Cor., 7. 2).

Al dejar este asunto, diremos, con Eneas Silvio, que fué más tarde Pontífice bajo el

nombre de Pío II: "Si ha habido muy poderosas razones para prohibir el matrimonio a los sacerdotes, las hay más poderosas todavía para volvérselo a permitir."

VI.—El culto de María y de los santos.

Tanto se honra a la persona de la madre de Jesús en el romanismo, tanta importancia y extensión ha llegado a darse a su culto, que no iremos más allá de la verdad si afirmamos que insensiblemente se ha llegado hasta destronar al Hijo para entronizar la madre. ¿Y quién no comprende que se comete un acto de idolatría dando a María nombres que sólo a Dios pertenecen, como, por ejemplo, *Reina* de los *cielos, Refugio* de *pecadores, Estrella* de la *mañana; Corredentora* del *género humano?* Se la invoca con la misma confianza que a su divino Hijo; y no creer en ella al modo que cree la Iglesia romana, no rogarle como los católicos le ruegan, es, en concepto de ciertas personas, hacerse reos de una grande infidelidad.

Los cristianos protestantes aman y honran a esta santa mujer, María; la declaran bienaventurada, como lo será en todas las eda-

des (Luc., 1. 48); empero ni le atribuyen ni admiten ninguna de las prerrogativas que el papismo le atribuye; no le dan ninguno de los nombres contenidos en las letanías romanas, y la llaman, simple y llanamente, como el Evangelio, *María* o la *madre* de Jesús.

Los protestantes no creemos en su concepción inmaculada, porque el Evangelio, en vez de enseñar que *ella* ha nacido sin pecado, *llena de gracia*, como traducen las versiones católicas, dice a cuantos saben leer el original, y según lo han traducido las versiones protestantes, *que ella ha sido recibido en gracia, que ella ha encontrado gracia* (Luc., 1. 28-30); y ella misma llama a Dios su Salvador, "porque ha mirado la bajeza de su criada" (Lucas, 1. 47 y 48). Ahora bien: ¿hay necesidad de un Salvador cuando no se tiene pecado? Seguramente que no. Por tanto, como hija de Adán, ha participado también de su naturaleza, y le cuadra, como a todos los mortales, este lenguaje del Apóstol: "Por la desobediencia de uno, todos fueron hechos pecadores."

No podemos admitir los protestantes que se tribute ningún culto religioso a una criatura sin hacerse reo, el que se lo tributa, de un crimen de idolatría, o de lesa divinidad.

Bien sea culto de dulía, bien de latría, distinciones vanas inventadas por el espíritu jesuítico, de todos modos es siempre ese culto una usurpación de los derechos de Dios y de su Hijo, únicos que siempre y solamente deben ser adorados, invocados y servidos. Protestamos, por tanto, con todas nuestras fuerzas, contra el culto tributado a María y a los santos, apoyándonos para ello siempre en la autoridad de la Biblia, que condena implícitamente ese culto en muchas de sus enseñanzas. Hojead, si no, el libro todo de los Hechos apostólicos, uno de los más preciosos documentos que nos quedan sobre la historia apostólica; hojead todas las Epístolas del Nuevo Testamento; leed, en fin, todos los escritos que encierran los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana, y no encontraréis el más pequeño indicio de la invocación a María, a los santos, ni la alusión la más remota a un culto que no ha tenido existencia. Mas ved lo que en toda la Biblia encontraréis: "Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás" (Lucas, 4. 8). "No te harás imagen ni ninguna semejanza." "No te prosternarás ante ellas, ni las honrarás" (Exodo, 20. 4). "No hay más que un Mediador entre Dios y los hombres, dice San Pablo; a saber, Jesu-

cristo hombre" (1.ª Timot., 2. 5). ¡Y que no se nos diga que somos demasiado pecadores para poder acercarnos al Salvador! "Yo he venido, dice Él, a buscar y salvar lo que se había perdido." "Venid a *mí* todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar" (Mat., 11. 28). Dios no quiere más intermediarios entre Él y los hombres que su Hijo bien amado, quien todavía nos dice: "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan, 14. 6). "A los que a mí vienen, yo no les echo fuera" (Juan, 6. 37).

Por otra parte, ¿estáis seguros, vosotros los que invocáis a María y a los santos, de que aquélla y éstos oyen vuestras oraciones? Nada hay que os lo asegure de una manera indudable; al paso que a nosotros nos consta del modo más cierto y positivo que nuestro Dios Salvador nos oye siempre, y creemos, como con razón se ha dicho, que vale más allegarse a Dios que a los santos. ¡Ah! Si los santos os oyeran, volverían humildemente su gloriosa faz, o más bien, al veros doblar la rodilla delante de ellos para tributarles un culto que de ninguna suerte les corresponde, os dirían, como en otra ocasión Pedro dijo a Cornelio: "Levántate; yo mismo también soy hombre" (Hech., 10. 26), o como San

Pablo al pueblo que quería tributarle honores divinos: "Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, y sujetos a las mismas debilidades" (Hech., 14. 14), o, en fin, como el ángel, cuando se arrojó a sus pies San Juan para adorarle: "Guárdate, no lo hagas; adora a Dios" (Apoc., 19. 10). Sí; los ángeles, los apóstoles y los santos, todos repetirían unánimes: "Si habéis pecado, un abogado tenéis para con el Padre, a Jesucristo, el justo." Dirigíos, pues, a Él sólo; Él es el Mediador de la nueva alianza; los pecadores encuentran en Él su refugio, y "Él vive siempre para interceder por ellos" (Heb., 7. 25).

VII.—Ayunos y abstinencias.

Los protestantes no creemos que el hombre deba abstenerse de los manjares que Dios ha criado. También en esto, como en todo lo demás, queremos que sea la Palabra de Dios quien nos instruya; oigamos, pues, al Señor y a los Apóstoles. Oigamos a Pablo: "De todo lo que se vende en la carnicería comed, sin preguntar por causa de la conciencia, porque del Señor es la tierra con

cuanto ella contiene" (1.ª Cor., 10. 25 y 26). "Yo sé y confío en el Señor Jesús que de suyo ningún alimento hay inmundo; porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo por el Espíritu Santo" (Rom., 14. 17). Oigamos al mismo divino Maestro: "No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de la boca. ¿No entendéis aún que todo lo que entra en la boca va al vientre y es echado en la letrina? Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto contamina al hombre" (Mat., 15. 11-18). "En cualquier ciudad donde entrareis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante" (Luc., 10. 8).

En presencia, pues, de estas palabras apostólicas y divinas, ¿qué valor deben tener para nosotros las prohibiciones, las amenazas, las bulas y las excomuniones del Papa y de sus satélites? Ninguno, ciertamente. ¿Qué puede importarnos el que los hombres nos maldigan y condenen, con tal que Dios nos justifique y nos bendiga? Pues qué, cuando la Escritura dice: "Podéis comer de todo, siempre que lo toméis con acción de gracias", ¿con qué derecho, en virtud de qué, unos débiles mortales como nosotros vendrán a echar por tierra las ordenanzas divinas para sustituirlas con humanas ordenanzas, invalidando así el mandamiento de Dios por seguir sus tradiciones? ¿Con qué derecho vienen a imponernos la obligación de abstenernos de tal o cual alimento en tal y cual día de la semana?

Almas débiles en la fe, abrid una vez los ojos y preguntad si es posible que un permiso de vuestro director espiritual tenga más fuerza, más autoridad que la Palabra de Dios, o bien si el dinero que le habéis dado por dispensaros de comer de vigilia ha podido purificar el alimento que antes de dar ese dinero era impuro. ¿Ha sido la dispensa o vuestro dinero el que ha santificado ese alimento? ¿Cómo no reflexionáis que si las cosas religiosas se compran y se venden a vil precio, es el dinero quien abre las puertas del cielo? Y entonces del pobre, ¿qué será?

"El Espíritu dice manifiestamente que en los venideros tiempos algunos apostatarán de la verdadera fe, escuchando a espíritus de error y a doctrinas de demonios. Que con hipocresía enseñarán mentiras, teniendo cauterizada su conciencia; que prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió para que con hacimiento de gracias participasen de ellas los fieles y los que han conocido la verdad, porque todo

cuanto Dios ha criado es bueno, y nada hay que desechar tomándose con hacimiento de gracias (1.ª Tim., 4. 1-3).

VIII.—La salvación por las obras.

"Por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Dios" (Rom., 3. 20).

Los protestantes no creemos, como cree la Iglesia romana, que el hombre se puede salvar por sus obras, en atención a que las Santas Escrituras están proclamando una salvación completamente *gratuita* y por la *fe*. "Por gracia sois salvos por la fe, y esto, no de vosotros, sino que es dón de Dios; no por las obras, para que nadie se gloríe" (Efes., 2. 8 y 9).

Mas esta salvación gratuita no satisface a nuestros adversarios, que, no pudiendo oponer argumento alguno a las palabras de Pablo, la toman con nosotros los protestantes, y nos disparan una flecha que, afortunadamente, pasa muy por encima de nuestra cabeza. "A fe que es bien cómoda vuestra religión—nos dicen—. Según vosotros, nada absolutamente hay que hacer para salvarse; se pueden cometer toda clase de pecados, y

luego no hay más que creer y nos salvamos. Al paso que, según nosotros, es preciso confesarse, ayunar, hacer penitencia, merecer la salvación y ganarse el cielo mediante las buenas obras." Ahora bien: al raciocinar así, prueban de una manera evidente que no conocen ni la verdadera fe, que obra por la caridad (Gál., 5. 6), ni las verdaderas obras, que son una cosa inseparable de la fe real y viva. ¡Cosa rara! Se acusa al Protestantismo de que da al traste con las obras buenas, y los países protestantes producen y emplean en obras filantrópicas y cristianas cinco o seis veces más que los países católicos en el mundo entero para obras semejantes. Nuestras pruebas las tomamos de los diarios y de libros en que, por cierto, la religión ocupa en ellos un lugar muy secundario.

¿De dónde nace, pues, esta gran fecundidad del Protestantismo y esterilidad del Catolicismo? 1.º Los verdaderos protestantes poseen la fe que viene directamente de Dios, fe que es poderosa y eficaz, y de la cual nace necesariamente la caridad práctica; 2.º Los protestantes no se conforman con una religión exterior y rutinaria; necesitan de una religión viva y santa, escrita en el corazón y fecunda en la vida; 3.º Los protestantes no

dan el nombre de buenas obras, como lo hacen los católicos romanos, a simples actos y ceremonias externas. Confesarse, ayunar, hacer novenas y peregrinaciones, pasar cuentas de rosario, llevar tal o cual reliquia, tal o cual medalla; hacer voto a este o al otro santo; vestir un hábito de este o de aquel color; dar dinero por misas, ofrecer a los santos aceite, cirios, etc., cosas que se pueden practicar sin que el corazón del que las hace pertenezca a Dios. "Aunque yo repartiese toda mi hacienda para dar de comer a los pobres, dice San Pablo, si no tengo caridad, de nada me sirve" (1.ª Cor., 13. 3); parábola del fariseo y publicano (Lucas, 18. 14).

Para los verdaderos y buenos protestantes la fe tiene su asiento en el corazón, y no en la inteligencia o en la cabeza; no confunden la creencia con la fe, pues se puede muy bien tener lo primero sin tener lo segundo. La fe no es para ellos la simple aceptación de una confesión evangélica cualquiera; es un principio vivo que Dios deposita en el corazón para convertir al hombre y hacerlo sabio. El que tiene fe en Jesús es una nueva criatura; la fe lo regenera de día en día: de malo lo hace bueno; de vengativo, misericordioso; de avaro, generoso; de impío, piadoso; puro,

de impuro; de borracho, sobrio, y de maldiciente, viene a hacerse, merced a ella, comedido en sus palabras y altamente caritativo en sus juicios. Ama a Dios de todo su corazón, y al prójimo como a sí mismo. Es esclavo del deber, de su conciencia y de la voluntad de Dios; ¡feliz mil veces y bendita esclavitud! Pensamientos, palabras, acciones y sentimientos, todo ha tomado en él una nueva dirección, todo está cambiado. He aquí los que son para los protestantes dignos de este nombre los frutos verdaderos de la fe; he aquí las cosas que en su concepto merecen el nombre de *buenas obras;* todo el que tiene verdaderamente la fe debe hacer estas obras. Los cristianos son "el pueblo criado en Jesucristo para buenas obras, para las que Dios nos ha preparado a fin que anduviésemos en ellas" (Efes., 2. 10). Ellos son "la luz del mundo", y deben ser "aptos para toda buena obra". Por desgracia, ¡ay!, tenemos que lamentarnos de que un gran número entre los protestantes profesan las creencias evangélicas sin tener la fe que transforma al hombre.

La acusación hecha contra nosotros al principio de este párrafo está destituída de todo fundamento, pues si bien nos conside-

ramos indignos de salvarnos a nosotros mismos, de justificarnos ante Dios por nuestros propios méritos, con todo, creemos que en nuestra calidad de discípulos de Cristo debemos caminar tras las huellas de nuestro divino Maestro.

"¿Cuál es, pues—se nos pregunta ahora—, la parte que vosotros concedéis a las obras en la salvación del hombre?"

Nosotros creemos:

1.º Que el hombre debe hacer buenas obras si tiene la verdadera fe; mas no que las debe hacer para alcanzarla, porque la fe es la que produce las obras. La fe es un árbol que lleva frutos; ahora bien, no se puede recoger el fruto antes de plantar el árbol.

2.º Creemos que en creer no hay mérito alguno, porque tanto la fe como la salvación vienen de Dios, que los da a quien se los pide, sin dinero y sin precio.

3.º Creemos que dar al hombre la certeza de que puede obrar su propia salvación y merecer el cielo es otorgar al hombre una promesa ilusoria y engañosa que lo tornará profundamente orgulloso, o que lo sumirá en abrumador desaliento; es, por otra parte, testificar que el sacrificio del Salvador no ha sido suficiente para expiar los pecados del

hombre y satisfacer a la justicia divina, puesto que el pecador se ve obligado a agregar sus obras a la obra redentora de Jesús.

4.º Creemos que debemos hacer buenas obras, no para salvarnos, sino, porque ya lo estamos, por amor y por reconocimiento, como hijos, y no por especulación y por alcanzar un salario, como los criados y mercenarios.

Todavía tenemos que responder a una última objeción.

"¿Podéis negarnos—nos preguntan los católicos—que a las veces la Escritura da a entender que el hombre puede justificarse por sus obras?"

Nosotros nada negamos de lo que está escrito—contestamos—. Reconocemos, en efecto, que algunos pasajes, tomados aisladamente, sin tener en vista el contexto o el conjunto de las enseñanzas bíblicas, hablan de salvación por las obras, o de recompensa, como Mateo, 5. 12; 7. 21; 25. 34 a 36; Marcos, 6. 30; Juan, 5. 29; Santiago, 2. 21 y 24; mas estos pasajes, claro está que es preciso entenderlos, no de las obras en sí mismas, sino siempre considerándolas como manifestaciones de la fe.

Por último, los textos sagrados que muy

imparcialmente acabamos de indicar, van precedidos y seguidos de otros pasajes que nos muestran claramente que la verdadera fe no debe ser estéril, y, sobre todo, que no consiste en discursos vanos. El apóstol Santiago mismo explica sus propias palabras; no hay sino conciliarlas. "Hermanos míos—dice—, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá esta fe salvarle?" Y hablando de Abraham, añade: "¿No ves que la fe obró con sus obras y que la fe fué perfecta por las obras? Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe; porque el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta" (Sant., 2. 14, 22, 24, 26). Santiago coloca siempre la fe la primera; las obras proceden de ella, son sus frutos. Mas a fin de que nadie pueda apoyarse en sus obras como medio de salvación, y que no se crea que la salvación puede obtenerse por ellas, ha tenido buen cuidado el mismo Apóstol, primeramente, de hacer esta declaración: "Cualquiera que hubiese guardado toda la ley y ofendiese en un punto, es hecho culpado de todos." ¿Dónde está el hombre impecable? Bendito sea mil veces el Señor de que nosotros seamos salvos por la gracia, por la fe;

porque de otra suerte, la salvación nos hubiese sido imposible! El hombre no es capaz más que de perderse; empero si reconoce su culpabilidad y su perdición, si va humildemente a confesar sus pecados y pedir gracia al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", ese Salvador divino responde a su oración y a su fe, y toda alma que cree, puede decir: "Estando ahora justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por Nuestro Señor Jesucristo" (Rom., 5. 10).

CONCLUSION

Hemos llegado al término de nuestro trabajo. Después de haberle leído con cuidado, reconocemos que no faltan en él imperfecciones. Hemos estudiado el *Protestantismo* a la luz de la Palabra de Dios y mostrado el inmenso abismo que lo separa del Catolicismo romano. Nuestro deseo hubiera sido, a poder disponer de más tiempo, perseguir al papado hasta en sus últimas trincheras, y probar, siempre con auxilio de la Biblia, por supuesto, que el culto de la cruz, de las reliquias, de las imágenes, de los santos, de los ángeles; las procesiones, las indulgencias, los derechos de estola y pie de altar de los sacerdotes, los rosarios, el bautismo de las campanas, etc., etc., no son de origen apostólico; empero otros lo han hecho antes y mejor que nosotros, probando así que la Iglesia romana yerra siempre más y más a medida que se aparta de la Biblia por seguir sus tradiciones y los decretos y decisiones antibíblicas de sus Papas. Hubiésemos querido agregar también a las pruebas bíblicas las históricas, y llevar

al ánimo de nuestros lectores, por los testimonios de los más antiguos Padres de la Iglesia, el convencimiento de que estos Padres tenían la fe protestante o evangélica, y no la fe católica, tal cual la formuló el Concilio Tridentino. Fácil nos hubiera sido también probar que los reformadores no han introducido innovación ninguna en la doctrina de la primitiva Iglesia, y que combatiendo las instituciones que siglo tras siglo han ido agregando al Cristianismo los doctores de la romana Iglesia, no han hecho más que despojar a éste de toda amalgama humana para luego devolverle al mundo en su pureza primitiva. Pero ¿qué hubiese sucedido a haber nosotros hecho esto? Nos hubiésemos justificado del dictado de *herejes,* y de acusados nos hubiéramos convertido, sin quererlo, en acusadores; mas no hemos querido recordar cosas demasiado humillantes quizá para el romanismo; hemos preferido correr un velo sobre la imagen del pasado, y perdonarlo todo como nuestro Divino Maestro, tomando por divisa las nobles palabras de un protestante, cuyos antepasados se vieron arrancados del suelo que les vió nacer por causas de religión.

En vez, pues, de procurar despertar sentimientos de odio y de venganza, tendemos

una mano fraternal a tantas sinceras almas extraviadas por los hombres, suplicándolas que se sirvan comparar las enseñanzas de su Iglesia con las de Cristo y sus Apóstoles, para cerciorarse de si son o no las mismas, y estamos seguros que los menos perspicaces no habrán de tardar en encontrar la inmensa diferencia. "A la ley y al testimonio." Sabemos que, para impedírselo, se les dirá, por ejemplo, que "la Biblia es un libro sagrado que los protestantes han adulterado y falseado a su gusto". Pero que no se desalienten por esto, que pidan en este caso al sacerdote que se sirva suministrarles la Biblia traducida al español aprobada por la Iglesia. Si, contra nuestras esperanzas, el sacerdote tiene la sabiduría de entregaros el sagrado volumen, siquiera sea la traducción del P. Scío, aprobada por el Papa, confrontadla con otra versión católica o con una de los protestantes, no importa cuál sea ésta, y os convenceréis por vosotros mismos que, si existen muchas traducciones de la Biblia, Biblia, sin embargo, no hay más que una, una sola, que ni es católica ni protestante, sino que se dirige a todos sin distinción y es la misma para todos.

Ahora vamos a resumir lo hasta aquí dicho, en unas cuantas palabras.

1.º El verdadero protestante no es aquel que lleva el nombre de tal, sino el que ha recibido el Evangelio en su corazón y lo pone en práctica en su vida.

2.º Es aquel que tiene una fe positiva sacada de la Biblia, única autoridad en materia de religión.

3.º Es el que no reconoce otro Mediador, otro Salvador ni otro Jefe de la Iglesia que Jesucristo.

En otros términos: los protestantes creemos y enseñamos todo cuanto la Palabra de Dios cree y enseña, y rechazamos y condenamos cuanto ella condena.

Protestamos contra todas las doctrinas falsas y contra las herejías todas, bien sean hijas de la Iglesia romana, o bien se hallen fuera de ella, y apelamos siempre en último término al código divino, única regla que admitimos infalible y soberana.

La Biblia es el luminoso faro que ha alumbrado y esclarecido las generaciones pasadas y que ha de esclarecer las futuras generaciones.

En la actualidad los errores pululan por todas partes en derredor de nosotros, y nos presentan su prisma engañador. El Evangelio no es conocido de las masas; para algu-

nos, muy pocos en número, no es más que un libro de la infancia, del cual no han conservado más que un lejano y ligerísimo recuerdo. Se vive en la incredulidad, o bien se da uno por satisfecho con seguir un cristianismo mitigado, un cristianismo *sui géneris* que, ocultando a las almas la verdad, las ofrece y da en cambio formas y ceremonias añejas, o prácticas supersticiosas y vanas. Si nos permitimos juzgar con tan severo juicio el Catolicismo, es porque al estudiarlo en sus hechos y en los libros hemos adquirido la triste convicción de que es él la ruina, si puedo decirlo así, del Cristianismo apostólico. Bastante tiempo ha seducido, arrastrado y fascinado los pueblos y las naciones, y ha hecho muy grande daño, muchísimo mal a nuestra España, fingiendo querer salvarla. Bajo engañosas apariencias de una grandeza exterior, y con un culto fastuoso y lleno de pomposa ostentación, se ha presentado a ella, por desgracia, como la religión verdadera de Cristo, y no le ha dado más que un cristianismo degenerado.

Pero apareció el Protestantismo, y a su radiante luz despertó desde luego la Europa de su largo espiritual sueño; mas pronto desterrado, perseguido, su benéfica acción se vió

forzosamente limitada, y su influencia se ha hecho notable únicamente en aquellos países donde con entera libertad ha podido difundirse, como en Alemania, Inglaterra, Suiza, Holanda y América. España en esta parte fué poco favorecida. Y ahora, cuando la libertad religiosa ha venido a inscribirse en nuestras leyes, muchos sienten cierta especie de aversión a las cosas santas; se figuran que el Protestantismo, como todas las otras religiones, está lleno de abusos, y que abrazarlo es imponerse un yugo tan penoso e insoportable como el que hasta el presente les ha impuesto el Catolicismo. De aquí el pequeño adelanto, los lentos progresos del Protestantismo en España.

Hoy la España, en su inmensa mayoría, no es católica más que de nombre; tampoco es protestante: es incrédula e indiferente. Ahora bien: la incredulidad es una llaga profunda para un país, y le puede acarrear inmensos males. El alma tiene necesidad de creer, y Dios le ha dado una religión pura y sin mancha en el Evangelio. Tales son los vivos e inmortales principios que os ofrece el Protestantismo, ¡almas rectas y sinceras que sentís sed de verdad!

El Protestantismo no trata de imponeros

ni *encíclica*, ni *syllabus* ni *Papa*, ni concilios, ni nada que humano sea; os presenta sólo un libro, que os aconseja leáis, meditéis y creáis; ese libro es la "Palabra de Dios". que vive y permanece eternamente; os habla de un solo Salvador, Jesucristo, el Hijo eterno del Padre; os ofrece, en fin, un culto que hablará poco a vuestros sentidos y mucho a vuestro corazón: el culto en espíritu y en verdad.

¿Qué más diremos antes de dejar la pluma? Si algún católico sincero, habiendo vivido hasta aquí en la ignorancia de las Escrituras, tuviese dudas acerca de la pureza de las enseñanzas de su Iglesia; si conociese que se refugiaba hasta hoy en una nave sin brújula y sin timón; si viese en la Iglesia de Roma una pobre náufraga que busca en las Escrituras una tabla de salvación, sin que la pueda encontrar; si se sintiese inducido por la lectura de este libro a abandonarla por no verse engullido con ella entre las olas, y a aceptar en su corazón, en su alma, la verdad que salva, bendeciremos por ello humildemente al Señor.

Hermanos católico-romanos: daos prisa; abrid los ojos a la luz, y abandonad los errores y el pecado; creed en el Evangelio, y ve-

nid al Salvador. No podemos prometeros, en recompensa de vuestra adhesión a la verdad cristiana, ni oro ni plata, pero sí podemos firmemente aseguraros que hallaréis en Jesucristo la verdadera paz y descanso de vuestra alma (Mateo, 11. 28 y 29).

Y vosotros, protestantes, muy queridos correligionarios, permaneced firmes e inquebrantables en vuestra fe; aunque de poco tiempo a esta parte os venís educando en la verdadera religión, en la religión de los Apóstoles y del Señor Jesucristo, no la abandonéis jamás. No vayáis a ninguna otra religión en busca de la verdad, porque ya la poseéis. Leed todos los días vuestra Biblia; continuad con regularidad vuestro culto, y ni las promesas, ni las amenazas, ni las privaciones, ni vuestro pequeño número, nada podrá conmover, nada debilitar vuestro amor a la religión que hizo, en tiempos no muy remotos, mártires de vuestros antepasados.

Y ahora, al terminar, dejadnos que os hagamos una solemne advertencia, y permitidnos que os hablemos como un hermano a sus hermanos. No olvidéis que el bello y sublime nombre de protestante es un título de gloria que hace pesar sobre vosotros una gran responsabilidad. La nobleza obliga. Cono-

céis, aunque de muy corta fecha, los santos libros; leedlos y releedlos con cuidado y diligencia, y creedlos; *convertíos* y *viviréis*. "Si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan, 3. 3).

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupdo.—Madrid.

INDICE

	Págs.
CAPITULO I.—¿QUÉ ES EL PROTESTANTISMO Y QUÉ SON LOS PROTESTANTES?	5
— II.—¿EN QUÉ SE CONOCEN LOS VERDADEROS PROTESTANTES?	10
— III.—¿QUÉ CREEN LOS VERDADEROS PROTESTANTES?	18
I.—*Dogmas fundamentales.*	18
1.° Biblia y Tradición	18
2.° Trinidad.	18
3.° Pecado y redención	19
II.—*Instituciones del Cristianismo.*	21
1.° La Iglesia y el ministerio.	21
2.° Los Sacramentos	22
III.—*El día del Señor*	23
— IV.—LO QUE NO CREEN LOS VERDADEROS PROTESTANTES Y POR QUÉ NO LO CREEN	24
I.—*Pretensiones de la Iglesia romana y de sus ministros*	24
1.° La confesión auricular.	25
2.° La absolución y el poder de atar y desatar	27
II.—*La misa.*	36
III.—*El purgatorio.*	41
IV.—*Las oraciones por los muertos.*	45
V.—*El celibato.*	48
VI.—*El culto de María y de los santos.*	51
VII.—*Ayunos y abstinencias.*	55
VIII.—*La salvación por las obras*	58
CONCLUSIÓN.	66